

ESPERANZA.—No hay verdadera esperanza sin devoción.
No hay verdadera esperanza sin resignación.

ESPERANZA.—La esperanza aparta al alma del servicio del mundo, para ponerla al servicio de Jesucristo.

La esperanza nos hace rehusar los honores que nos ofrecen los hombres, manifestándonos los que nos ofrece Jesucristo.

La esperanza produce el disgusto de la vida presente, y nos hace desear la muerte de los justos.

ESPERANZA.—No hay ningún santo, cuya esperanza no haya sido sencilla.

No hay santo, cuya esperanza no haya sido justa.

No hay santo, cuya esperanza no haya sido invencible.

Pasajes y figuras de la Sagrada Escritura y autoridades de los Santos Padres sobre la ESPERANZA; véase: CONFIANZA EN DIOS.

ESPERANZA CRISTIANA; véase: CONFIANZA EN DIOS.
ESPONSALES; véase: DESPOSADOS.

ESPÍRITU DE JESUCRISTO.

Nos autem senum Christi habemus.
Mas nosotros tenemos el espíritu de Jesucristo.

(S. PABLO, I, COR. II, 16.)

El mundo, hermanos míos, se compone de dos clases notables de hombres: cristianos y mundanos. Los cristianos, son los hombres de Jesucristo, y los mundanos, lo son del mundo. Los cristianos, son hombres que viven para Jesucristo; los mundanos viven para el mundo, ó sea, para ellos mismos. Veis, pues, que hay, entre estos dos pueblos, el pueblo de Dios, y el pueblo del mundo, una línea diviso-

ria muy marcada. Lo que forma al hombre es su vida; vivir para Nuestro Señor, he ahí lo que forma al cristiano; vivir para el mundo, vivir para sí mismo, he ahí lo que forma al mundano.

Cuando S. Pablo decía á los fieles de Corinto: «Nosotros tenemos el espíritu de Jesucristo,» por esta palabra: «nosotros,» expresaba todos los cristianos. Y es, que, en los primitivos tiempos, los fieles estaban animados de unos sentimientos cristianos, mucho más enérgicos que los que á nosotros nos animan. De suerte, que por disposición del Señor mismo, y de los apóstoles Pedro y Pablo, los fieles todos comulgaban cada día, y se dedicaban á la oración. Tenían, como nosotros tenemos, sacerdotes consagrados á Dios, horas fijas de oración; á la hora de prima y tercia, ó sea, á las seis de la mañana, y á las nueve, se secuestraban del mundo algunos instantes para orar. Lo propio hacían á las horas de sexta y nona, esto es, á medio día, y á las tres de la tarde. Finalmente, ántes de comer, rezaban vísperas, y, frecuentemente, pasaban toda la noche en oración, en las vigilias de las festividades y de los domingos. Su vida, á diferencia de la nuestra, era vida de oración, y estaban, por decirlo así, sumergidos de continuo en el baño sagrado del amor de Dios, del espíritu de fé, y de amor á Jesucristo. Además, todos comulgaban cada mañana, sin excepción, como se lo habían formalmente ordenado los Apóstoles, que, conforme al testimonio del papa San Clemente, habían introducido esta costumbre en la Iglesia romana de Occidente, según se lo había enseñado Jesucristo, en los días que mediaron entre su resurrección y su ascensión al cielo. Puede, pues, decirse, que los cristianos primitivos tenían el espíritu de Jesucristo, espíritu, que recibían de la frecuente y cotidiana comunión.

No puede decirse lo mismo de nosotros; no tenemos el espíritu de Jesucristo. Es considerable el número de fieles, que son infieles; numerosísimo es el número de cristianos, que lo son solo por el bautismo, que no tienen el espíritu de Jesucristo, ni son hombres del Evangelio, sino que, á la vez, son de Jesucristo y del mundo. Son de Jesucristo y de su Iglesia por el bautismo, y por la fé católica, de la cual no quieren apostatar; pero, por los hábitos exteriores, por sus gustos, son del mundo. Estos cristianos no tienen el espíritu de Jesucristo; y sin duda vosotros habeis venido aquí para adquirir este espíritu, así como he venido yo, para acrecentar vuestras luces y aumentar vuestro fervor, á fin de que no os dejéis arrastrar por el torrenciente mundano, que pierde á tantos cristianos en este siglo; para hablaros de los efectos principales de la santa comunión en las almas, y de los efectos de la adoración del Santísimo Sacramento; para acrecer y

robustecer en vosotros el espíritu de Jesucristo; por manera, que los que van á comulgar, puedan decir, de hoy en adelante: *Nos autem sensum Christi habemus.*

No nos forjemos ilusiones, hermanos míos! Jesucristo, al venir al mundo, no trajo otro cortejo que el dolor. No vino coronado de rosas, con la sonrisa en los labios y el placer por doctrina; no; no vino de esta suerte: nació en un pesebre, pasó treinta años trabajando, en la obscuridad, en la pobreza. Los últimos tres años y medio de su vida, es decir, los de su ministerio público, fueron años de trabajos y fatigas; y, por último, una agonía cruel, la flagelación, la coronación de espinas, y el Calvario consumaron su obra. Ahora mismo, en el augustísimo Sacramento, por medio del cual permanece entre nosotros, muéstrase anonadado, y no glorioso; y no se nos comunica, si no en el estado de pobreza, de padecimiento, de sacrificio. Vino al mundo con la aureola de la cruz, y cuantos le pertenecen, han de presentarse á él con ese mismo espíritu, con ese mismo amor: deben abrigar los mismos sentimientos que Jesucristo, porque Jesucristo y el fiel, no han de formar sino una misma cosa. El fiel es un hombre que vive en Jesucristo. Jesucristo no descendió á la tierra sino para encarnarse, é incorporarse con el hombre, y vivir en el hombre: luego, el cristiano, y sobre todo, el cristiano que comulga frecuentemente, se obliga, y está obligado, á llevar cada día la cruz. Al aproximarse á la santa mesa, al recibir á Jesucristo, y con él, el aumento de la gracia de Jesucristo, cada fiel se obliga á amar la pobreza, la castidad, la obediencia, la penitencia, y las austeridades: se abraza con la cruz, y se obliga á llevarla.

Si alguno, dice S. Pablo, no tiene el espíritu de Cristo, este tal, no es de Jesucristo: *Si quis spiritum Christi non habet, hic non est ejus* (Rom. VIII, 9). Ahora bien; para ser de Jesucristo, es preciso estar animado de su espíritu; y ese espíritu, ese amor práctico, que admiramos en Jesucristo, ese amor á los padecimientos, á la pobreza, á la cruz: ese espíritu es el que Jesucristo nos comunica en la santa comunión.

¡Qué ilusiones, pues, se forjan los cristianos, sobre todo, las mujeres piadosas, cuando creen que, para acercarse á la comunión, han de recibir grandes consuelos, derramar dulces lágrimas y gozar de cierta tranquilidad, como la de un niño en el seno de su madre! Para comulgar con fruto, es necesario vivir crucificado con Jesucristo: he ahí la principal condición; es preciso, es indispensable el amor de la cruz, no el amor natural. ¡Qué tiene de común el amor natural, con el amor á la cruz? La cruz, de suyo, es horrible, espantosa,

y se rechaza, como la luz rechaza las tinieblas; pero como se ofrece á nuestra vista con la imagen del Salvador, y la vemos siempre unida á esta imagen, pues Jesucristo quiere ser así representado en la Iglesia, sobre los altares, y en los sitios públicos, donde recibe el respeto y el honor que le son debidos; por eso, el amor á la cruz nos viene de Jesucristo, no un amor natural, sino un amor sobrenatural. Si; el mismo Jesucristo es quien comunica á nuestro corazón el fuego que arde en el suyo, esto es, el amor que más honra á su Padre, que purifica al hombre, y restablece la inocencia perdida por el pecado original.

Ya lo sabeis; Nuestro Señor no vino á este mundo solo para mostrarse señor del mundo, sino, también, para ser Redentor, y víctima. Pues bien, nosotros somos llamados, como él, á ese estado; al estado de crucificado y de víctima. Mientras permanezcamos en el mundo, debemos sufrir; debemos ser víctimas, miembros de Jesucristo, que padece; únicamente con esta condición, llegaremos á ser miembros de Jesucristo glorificado.

No debemos, pues, reinar en la tierra si no por la virtud, por el sufrimiento, es decir, al revés de las monarquías de este mundo. Debemos reinar por la cruz, como Jesucristo reinó por ella, esto es, por medio de la pobreza, de la humildad, del desapego, en una palabra, sufriendo; solo por este camino podremos llegar donde está Jesús, nuestro rey, nuestro dueño, esto es, en el Paraíso, donde él nos glorificará por los siglos de los siglos. Hé aquí lo que nos trae en la comunión el cuerpo de Jesucristo: viene á comunicarnos su espíritu, el amor á los sufrimientos, á las penas y al dolor. Preciso es, que nos decidamos, y nos resignemos; sobre la tierra debemos estar clavados en la cruz. *Christo confixus sum cruci* (Gal. II, 19). Estoy clavado en la cruz con Cristo, dice S. Pablo, y lo estoy porque no soy yo el que vivo, sino Jesús, que vive en mí: *Vivo jam non ego, vivit vero in me Christo* (IDEM, 20). Todos nosotros debiéramos poder repetir esas palabras. ¿Pero podemos, pregunto yo, repetir las? Está clavada en la cruz esa mujer piadosa, esa mujer cristiana, que se acerca muchas veces en la semana á los sacramentos, y que, al mismo tiempo, piensa en el tocado, tanto como en Dios, que le gusta el parecer bien en las reuniones, y en cuya habitación reina el lujo, la vanidad, la moda, la delicadeza, la negligencia? ¿Puede esa mujer decir, sin mentir, que está con Jesucristo clavada en la cruz? ¿Puede decirlo ese jóven, que pasa las noches en los bailes, que emplea el dinero en futilidades para adornarse, casi tanto como una mujer; que consume el día fumando, leyendo novelas, paseando ó haciendo visitas?

¿Puede decir: yo estoy con Jesucristo clavado en la cruz? Sin embargo, ese jóven pertenece á la sociedad de S. Vicente de Paul, y se acerca á los sacramentos todos los domingos, ó cada quince dias, ó cada mes. Ese jóven podrá llamarse piadoso, pero no es cristiano verdadero.

No; esos tales, no son de Jesucristo, aunque de él se alimenten; Nuestro Señor pasa por sus cuerpos, sin dejar huella alguna en su alma; y no es esto lo que él quiere: su designio, en la comunión, es venir á nosotros, para reinar y permanecer en nuestras almas; quien come su carne y bebe su sangre, permanece en Jesucristo, y Jesucristo en él. El cristiano es un sér espiritual; más bien es un alma que un cuerpo. Es un alma dentro de un cuerpo, pero, ante todo, es un alma. La vida del cristiano y la vida en Jesucristo es, permanecer en Jesucristo. El cristiano y el Salvador deben comunicarse cuanto poseen: el cristiano debe consagrar á Jesucristo sus pensamientos, su amor, su corazón, todo su sér; y Jesucristo le dá, en cambio, su vida divina, su vida crucificada, sus padecimientos, su humillación; en una palabra, le dá lo mejor que posee, su cruz, sus humillaciones, su pobreza, que conducen á la gloria.

Vosotros me direis, quizá, hermanos míos, siendo así, es cosa dura el ser cristiano. Y ¿quién lo duda? Sí; es cosa dura; mas, atended, que el sacerdote no os dice desde el púlpito sino lo que Jesucristo mismo dijo, despues de haber anunciado el misterio de la Eucaristía. A los que le dijeron: *durus est hic sermo, et quis potest eum audire?* (JOANN. VI, 61); dura es esta doctrina, ¿y quién es el que puede oirla? respondióles: *et vos vultis abire?* (IDEM, 68). Pues bien, idos, no os detengo, yo no quiero por discípulos sino almas enérgicas, verdaderos cristianos, almas fieles: *et vos vultis abire?* La puerta está abierta; idos; sabed, empero, que si me abandonais en este mundo, no estareis conmigo en el otro; que si no vivís de mí, de mi vida crucificada sobre la tierra, vivireis, ó más bien, morireis de la muerte eterna y crucificada en la eternidad. ¿Quereis retiraros? *vos vultis abire?* Ciertamente no, Señor, no queremos irnos; nosotros somos hijos de Dios, hijos de la divina Eucaristía, hijos de Jesucristo Nuestro Señor, nuestro Redentor y nuestra vida, nuestro único amor. Somos suyos por todas las fibras de nuestras entrañas, por todo nuestro sér. Jamás le abandonaremos. Y desde luego, formamos la resolución de vivir más cristianamente de lo que hemos vivido hasta ahora; y si hemos tenido la dicha de vivir hasta aquí santamente, amaremos la cruz, marcharemos, en adelante, con paso más firme por este camino, el único que conduce al paraíso: *nos autem sensum Christi habemus.*

La ciencia de los santos, única ciencia de la Iglesia católica, consiste en soportar los sufrimientos y las penalidades de cada dia, de las cuales nadie está exento. Pero, para comprender la dicha de sufrir las aflicciones del alma, del corazón, de la familia, las penas del cuerpo, los sufrimientos de toda especie, preciso es recurrir á Jesús crucificado; y al salir de la iglesia, debeis deciros á vosotros mismos: Llevo conmigo á Aquél que fué crucificado por mi amor: ¿me atreveria yo, en este dia, á mostrarme delicado, llevando en mi seno á mi Jefe coronado de espinas? ¿Osaría, hoy, vivir mundanamente, yo, que acabo de recibir á Jesucristo, que nació en un pesebre; á Jesucristo de Nazareth, á Jesucristo azotado y crucificado en el Calvario? Cierto es, que las pasiones me trabajan, y me torturan; pero llevo conmigo á Jesucristo, que sufrió por expiar mis pecados, por comunicarme fortaleza para vencer mis pasiones, y permanecer puro como un ángel. ¡Ah! decidido estoy á sostener con amor los combates de la carne y de la concupiscencia, para quedar puro y victorioso, para ser fiel á mi Señor y á mi Dios. Si tengo que sufrir en mi reputación, si se me ataca, ó se me vilipendia, me humillaré. El Salvador, á quien acabo de recibir, que me alimenta de sí mismo, y me comunica lo que él es, fué tratado de seductor, de borracho, *potator vini!* Dijéronle que era amigo de ladrones, *publicanorum amicus;* que mantenía relaciones con personas de mala conducta; y él mismo declaró, para evitar que nos escandalizáramos, que el mundo diria de nosotros, cuanto de él se dijo. «No os admireis de que el mundo os aborrezca, os rechace: sabed que, primero que á vosotros, me aborreció á mí; no es el discípulo superior al maestro; si me han perseguido á mí, también perseguirán á vosotros: el discípulo será perfecto cuando se asemejará al maestro» (JOANN. XV, 18, 20). No os entristezcais, pues, ni desfallezcais cuando tengais que sufrir, os veais sacrificados ó hechos el blanco de la calumnia, del vilipendio y rechazados del mundo.

¡Ah! amados hermanos míos; carecemos de energía, nos falta la fé, no amamos de veras las máximas del Evangelio; el espíritu del mundo ha penetrado en nosotros, el espíritu de los que no tienen el espíritu de Jesucristo, el espíritu de los que colocan su felicidad en las riquezas, en los goces y placeres de la carne. No es á éstos á quienes el Señor da su paz. «Yo os doy mi paz, os dejo mi paz. Os dejo mi paz, no como la dá el mundo.» La paz de Jesucristo, es la paz del crucificado; luego, la paz del crucificado es la paz del cristiano. ¡El mundo nos rechazará! ¡Tanto mejor! eso será una prueba de que pertenecemos á Jesucristo. Si agradase á los hombres, decia S. Pa-

blo, es decir, si agradase á los mundanos, que no poseen el espíritu de Jesucristo, ya no sería yo servidor de Cristo. En proporcion que agradamos á los hombres, desagradamos á Jesucristo. Dicen los mundanos, que somos fanáticos, exagerados; enhorabuena, dejémosles que vivan á su manera, en su moderacion, léjos de Jesucristo y del Evangelio, con su amor á las riquezas y á los deleites. En cuanto á nosotros, nuestra riqueza, nuestra gloria, nuestra dicha consiste en vivir segun las inspiraciones del espíritu de Jesucristo. ¡ Ah! sea anatema aquel que no ama á Jesucristo.

Hermanos míos; nosotros poseemos el espíritu de Jesucristo amémosle, pues, con toda nuestra alma, y ajustemos á sus inspiraciones todos los actos de nuestra vida. Amemos su cruz, amemos sus padecimientos. Cuando Dios, en su bondad, en su amor, nos envia humillaciones, recibámoslas sin quejarnos. Nada más útil que el sufrimiento. El sufrimiento vale más que los goces. El goce presto corrompe: fomenta la vanidad, ablanda el alma, y prepara su ruina; miétras que las penalidades, con su apariencia repugnante, son excelentes, son dones de Dios, y nos mantienen unidos á Dios. En las penas, Jesucristo nos reconoce por miembros suyos; en los goces, no nos reconoce por tales. Pedidle, pues, en la sagrada comunión la gracia de padecer, la gracia de la humildad, la gracia de ser crucificados con él, y de soportar santamente la cruz, como el buen ladrón, que fué salvado por la cruz. No lo dudeis, carísimos hermanos, todos tenemos que sufrir, puesto que todos somos pecadores. El gran negocio consiste en saber sufrir. Jesucristo vino á la tierra para enseñárnoslo, y con el mismo objeto viene á nosotros en la comunión. En los tiempos que atravesamos, tendremos que pasar por rudas pruebas, sin excepcion alguna: preciso es, pues, que estemos preparados. Es necesario, que estemos aparejados para el combate. No ignorais tampoco, que, cuando la guerra amenaza, se aprestan las armas para la resistencia, y entrar en campaña; esto es lo que debemos practicar para ser fieles á Jesucristo. En estos tiempos difíciles, durante los cuales recibirá la Iglesia extraordinarios socorros, tal vez, nos veamos perseguidos: preparémonos, pues, para soportar ligeras penas para saber un dia soportar penas mayores, segun la palabra del Salvador: Aquel que es fiel en las cosas pequeñas, fiel será en las grandes.

Ahora bien, hermanos míos; comulgando con frecuencia, orando mucho, y entregándose enteramente á Dios, es como se recibe el espíritu de Jesucristo; y el sagrado bálsamo, que mana de la cruz, se derrama sobre nuestra alma y nos embalsama con su fragancia. Sí;

recibamos los perfumes de la cruz! Amemos la cruz de Jesucristo. S. Juan de la Cruz decia, que la cruz es el bordon del peregrino en la tierra. El hombre, en su viaje, tiene necesidad de un bordon en que apoyarse miétras camina: la cruz del Señor es el bordon del peregrino. Y el hombre no tiene otro arrimo, ni puede apoyarse sino en ese bordon. Si el bordon le falta, cae derribado en el suelo, y no puede proseguir su viaje; por el contrario, si persevera en sostenerlo con mano firme, saldrá victorioso. Si; apoyándose siempre en ese bordon providencial de la cruz, subirá poco á poco el monte santo del Calvario, y ganado que haya la cima, encontrará allí á Jesucristo, la resurreccion, la vida, la felicidad, que os deseo á todos.

ESTADO.

(ELECCION DE)

Beata gens, cujus est Dominus Deus ejus.
Feliz la nacion, cuyo Dios es el Señor.

(SAL. xxxii, 12.)

No satisfecha la bondad de Dios de haber criado con infinita sabiduría todas las cosas visibles é invisibles, sacando de la nada esos hermosos cielos, que incesantemente nos acuerdan su gloria y anuncian ser obra de sus manos; dando sér á la tierra y revistiéndola de flores, yerbas, árboles, frutos y animales; produciendo los elementos con las aves y los peces, para que todo sirva al hombre como á cabeza superior y monarca de todo el orbe; emplea su adorable providencia en mantenerlo, estableciendo diversidad de estados, y proveyéndolos de sugetos aptos, que, llenando dignamente sus obligaciones, contribuyan á la ejecucion de sus eternos decretos, y consigan el dichoso fin de su vocacion, que es la vida eterna. Para esto suministra sus luces, sus inspiraciones secretas, sus llamamientos; elige á unos para un estado, á otros para otro; y adorna á los sugetos, así elegidos, con sus especiales gracias y favores, para desempeñar sus dis-